AÑO XLIX — Sábado 18 de Diciembre de 1909 — NU

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id —Número suelto, 0'10 cts.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre.
La correspondencia al Administrador

El problema del Riff

Los telegramas de Melilla que venimos publicando corroboran que los rifeños convencidos de su impotencia para luchar con el aguerrido y pundonoroso ejército español, siguen realizando actos de sumisión de tanta importancia, que pueden considerarse sometidas á España la mayoría de kábilas, figurando entre ellas los más significados jefes de las mismas.

El Sultán Muley Hafid que en los comienzos de la guerra se presentaba en actitud dudosa, al percatarse de la fuerza y poderío de nuestra nación cambió de táctica y púsose al lado de los españoles favoreciendo la labor de nuestras sufridas tropas.

Los duros castigos que nuestras armas victoriosas impusieron á los rebeldes, sumado al proceder actual del Emperador de Marruecos y de sus súbditos del Riff hacen suponer que la paz por ahora está asegurada en aquellos agrestes territorios.

Toca pues, en los momentos presentes, al Gobierno español, aprovechar tan favorables circunstancias para afirmar nuestras posiciones conquistadas.

La expansión natural de España, máreanla nuestros destinos en el imperio de Marruecos y á ella se debe ir, sin recelos ni vacilaciones, con ó sin anuencia del sultán.

Las potencias sin exposición alguna apoyan y aprueban el proyecto de nuestra nación en aquellas tierras salvajes; y la aprueban porque nuestros hombres de Estado, no se extralimitan en sus gestiones de lo pactado en el acta de Algeciras.

La política de atracción que se está poniendo en práctica viene dando los apetecidos resultados y es seguro que cuando los rifeños se den estrecha cuenta de lo que significa para ellos una vida de paz, de trabajo y de prosperidad, tan opuesta á la errante y llena de miserias que hoy arrastran, se pongan abiertamente del lado de sus protectores y entonces habrá llegado la ocasión de que España cumpla abiertamente, la misión que su situación geográfica permite

La labor será larga para que alcance todo el éxito debido; pero se imponen efectuarla en bien de la patria y á realizarla irá sin vacilaciones el Gobierno que hoy rige nuestros destinos.

VOLTEJEANDO

Sentí llanto, suspiros y rezos.
La tarde moría
y por albo cortina de encaje
el sol débilmente su lumbre cernía.
Desgranaba sus rítmicas notas
el ave poeta,
y la esquila de iglesia cercana
con místicas voces llamaba al asceta.
Mariposa de vuelo inconstante
rondaba mi lecho,
y la luz vacilante de un cirio
su espectro gigante pintaba en el techo.
Como asciende la nube de aromas
mi alma subía,
distendiendo la cuerda vibrante,
hilillo sonoro que al cuerpo le unía.
Volteaba su rumbo en lo hondo
un mundo mezquino,
arrastrando por órbita extraña
con rudos vaivenes su triste destino.
En lo alto fulgentes destellos,
chispazos, centellas,
llamaradas de ardientes colores,
brillar de luceros y lluvia de estrellas.
Restallar de cantares y besos,
suaves arrullos,
y del santo gozar de las almas,
los dulces, los vagos, los ledos murmullos.
Ya volaba feliz á mi encuentro
un alma perdida;
ya encontraba mi espíritu errante
la dicha soñada, la patria perdida.
¡Ah! ¿Por qué con saña dura crudeza
cortaron mi vuelo?
¡Es tan triste soñar que se goza
y, enfermo y cansado, mirarse en el suelo!
Como gota de lluvia mi alma
velos descendía,
pues cobraban la cuerda vibrante,
hilillo sonoro que al cuerpo la unía
Sentí llanto, suspiros y rezos.
«¡Salvado, Dios mío!»
¡Y al sentir sus caricias ardientes,
la pobre alma mía temblaba de frío!

Emma Calderón y de Gálvez.
Cádiz 1909.

DE SOCIEDAD

Procedente de Palma de Mallorca ha regresado á esta población nuestro querido amigo y paisano, el contador de navío D. Antonio Cerdá.

—

Ha salido para Alcantarilla nuestro querido y distinguido amigo el coronel Jefe de la Comandancia de Artillería de esta plaza D. Enrique Sánchez Bernal.

—

Con motivo de las vacaciones de Navidad ha regresado á esta Ciudad el jóven alumno cartagenero de la Escuela de Ingenieros de Minas don Juan Aparicio Romero

—

Ha sido pedida la mano de la bellísima y elegante señorita Rosarito Lizana para nuestro querido amigo el alférez de navío D. Isidoro Fontenla.

Para este acto han venido de Ferrol los padres del novio.

La boda se celebrará en breve. Felicitamos á los futuros esposos

CUENTO DEL SABADO

La mujer y las rosas

En un apartado rincón del jardín había dos rosales distintos, y en cada rosal había una rosa abierta.

Era la una roja como una llama. Era la otra pálida como un lucero. Aquélla, pomposa y hueca, de penetrante aroma. Esta, de grandes hojas levemente izadas, de suave perfume.

Si un beso pudiera cuajarse en la boca de la mujer, diríamos que la rosa encendida era un beso que cuajó el amor. Si un suspiro de una doncella enamorada pudiese alguna vez revestir material hechura, la rosa pálida semejaría un suspiro que tomó á los ojos de un poeta la forma bella de una flor.

Platicaban las dos sosegadamente. Un airecillo indiscreto y liviano las besaba, recogía al besarlas su cháchara sabrosa: que de una en otra iba llevándoles por el jardín á todas flores.

La rosa pálida decía:

—Hasta ahora hemos hablado no más que de nuestra vida, que es bien breve; de la luz del sol, á cuya caricia se abrieron nuestras hojas; del bienhechor rocío de la mañana; de la primavera en que vivimos, de las mariposas que nos llevan la miel; de las blancas manos que nos cuidan, que parecen dos de ellas .. De nuestra vida, en fin. ¿Quieres que hablemos también de nuestra muerte?

Y la rosa encendida le replicó:

—Torpe se me figura hablar de la muerte cuando se puede hablar de vida y gozar de ella; pero, pues tú lo deseas así, hablemos también de la muerte. Dime: ¿cómo quisieras tú morir?

—¡Oh! ¡Si yo muriese como quiero! ¡Qué dulce muerte! Yo daría este aroma que me hace tan preciada, á trueque de dormir el último de mis sueños en el rosado seno de nuestra amita, la de los ojos negros, la de las manos blancas y suaves.

La rosa grana rió de oir á su compañera, con risa de burla y menosprecio. Y luego dijo:

—¡En el seno de nuestra amita!.. ¡Menguado ideal! Junto á los encantos que ella tiene, ¡qué poco valdrían sus encantos!

—Siempre fuiste más presumida que yo. ¿Qué me importa lucir, próxima á la muerte? Para lucir, tengo mi tallo ahora; para morir, quiero luego aquel lecho Quiero mecerme cuando supiro ella; temblar con su gozo cuando ría; estremecerme de placer cuando corra jugando por los senderos del jardín.

—Te deshojarías neciamente, y deshecha ya, ella misma te arrojaría al fin en cualquier parte.

—¿Y si al arrojarme lejos de sí me daba un beso? Desde que vivo, este beso de aquella boca, que se parece á tí, es mi ilusión para morir contenta. ¿Y quieres, rosa grana que te descubra todo mi ensueño?

—¡Por qué no! Me río con tu simpleza inocente.

Pues oye: quisiera yo... —¡ay!, ¡cómo podría ser esta ventura!—quisiera yo, como ya te he dicho, reposar unas horas al tibio calor de su seno, una virginal de un corazón que alienta con el amor más puro. Y quisiera después... ¿me escuchas?...

—Sí.

—Quisiera que por súbita inspiración de su alma, nacida á caso de un pensamiento de amor que le pasara por la frente, me cogiera entre sus manitas temblorosas, me llevara al más apartado y misterioso sitio del jardín, y en él, segura de su soledad, ya encendida de esperanza como tú, ya de sobresalto pálida como yo, fuera con tierna y candorosa delectación arrancando mis hojas una á una... «¿Me quiere?.. ¿Nome quiere?.. ¿Me quiere?.. ¿No me quiere?..» ¡Oh, si el número de mis hojas alcanzara á prolongar por las horas de todo un día mi dulce martirio! ¡Oh, si ese número fuera tal que diese á las preguntas de la niña la más bella repuesta! ¿Por qué otra rosa me cambiaría yo?

—Calla, calla, que no hay paciencia para oir mucho tiempo tamañas tonterías. ¡Qué muerte ambicionas más simple, más miserable y más obscura! ¿Ni siquiera has pensado una vez morir en un jarro de oro y cristal, en los brillantes salones de esta casa, admirando á todos? ¿No te has ilusionado jamás la idea de que nuestra amita, la de las blancas manos, te regale por dicha á un caballero de su más grande predilección, y el caballero, con orgullo y cariño, como quien conserva y guarda un tesoro, te guarde y te conserve á tí? ¿No trocarías la insípida muerte que acabas de pintarme, por la gloria de vivir tus últimos momentos sobre la mesa de un poeta lleno de juventud y entusiasmo, que cantara el amor y la vida? Te digo, hermana, que estoy muy lejos de partir contigo el ideal de nuestra muerte.

Aquí llegaban en su coloquio las dos rosas, cuando apagó sus voces una risa fresca y juvenil, y surgió como por encanto ante ellas la gentil figura de su amita.

—¿De pallique, verdad?—preguntó con malicia graciosa.

No se atrevieron á negarlo.

—De palique, sí.

—¿Y cuál de las dos es la que sueña con morir en mi seno?

—Yo soy dueña y señora mía—respondió temblando, como si el viento la azotara, la rosa de las hojas pálidas.

—¿Y tú, en cambio, desdeñas mi pecho, mis caricias, el soplo de mi aliento, el calor que yo había de darte?.. ¿Verdad, rosa encendida?

—Desdeñar, no; he dicho—respondió la flor estallando de orgullo—que, pues, he de morir, hallo otras muertes preferibles.

La dulce amita, entonces, la de los ojos negros, miró á la rosa pálida con ternura infinita, la aspiró; besó sus pétalos delicados, aspiró con deleite su exquisito perfume . y con sus manos blancas y suaves cortó del tallo en que se mecía la rosa encendida, y la prendió en su pecho.

En la rosa pálida como un lucero brillaron unas gotitas cristalinas, que no eran rocío que cayó del cielo, sino lágrimas que brotaron de ella. De la rosa roja como una llamarada se desprendió una hoja, que en la dorada arena del jardín parecía una gota de sangre.

El airecillo indiscreto y liviano movió sus alas y voló rápido por doquiera, refiriendo á las otras flores la extraña aventura.

S. y J. Alvares Quintero.

Los Premios Nobel

Según las informaciones de la prensa extrangera han sido adjudicados ya los premios Nobel correspondientes al presente año.

El premio de Literatura se ha concedido á Mlle. Selma Lagerlof escritora sueca.

El premio de Química al profesor Wilhelm Ostwald, alemán profesor hasta hace poco tiempo en la Universidad de Leipzig.

El premio de Medicina al profesor Theodor Kocher, suizo residente en Berna.

El premio de Física ha sido repartido entre M. Marconi, italiano, inventor de la telegrafía sin hilos, y el profesor alemán Ferdinand Braun, de la Universidad de Strasburgo

Y el premio de la Paz ha sido también repartido entre Mr. Auguste Beernaert, antiguo presidente del Consejo de ministros de Bélgica y Mr. Estournelles de Constant, actual senador francés.

NOTAS ALEGRES

Actualidades

Por fin parece que se vá arreglando la cuestión de espectáculos para las fiestas que se avecinan.

Tras del intento, fracasado por desgracia, de presentar en el Teatro Principal la compañía de ópera italiana del Sr. Giovannini, parece que el activo empresario de dicho coliseo Sr. Buyolo está en tratos con la compañía dramática que dirige el primer actor D. Felipe Vaz.

Si la noticia resulta cierta, y la citada compañía viene al coliseo de la plaza del Rey podemos darnos por satisfechos y conformarnos en parte de la falta de Opera italiana.

***

Como río revuelto, pero no con ganancia de pescadores, está lo cuestión política.

Unos dicen que el alcalde señor Jorquera ha presentado la dimisión de su cargo, otros que no, varios designan algunos de los concejales recientemente elegidos para ocupar la

—¡Dichosa si solo el agua
de tu atención fuera objeto!
—¿Pues qué otra causa?
—El amor.
—¿Amor?...
—Que en tus ojos leo,
y en el carmín que imprudente
va tus mejillas teñendo.
¿No trates disimular,
que Amor, como niño y ciego;
ni entiende de disimulos
ni sabe ocultar su afecto.
Y sinó, dime; zagala,
y acorta el paso un momento:
¿qué ves bajo aquellos olmos
que sombrean corpulentos
el camino de la fuente?
—¡Es él!
—¿Es él? ¡vive el cielo
que esa exclamación arranca
lo que ocultas en el pecho!
El es, y Dios quiera niña
te desengañes á tiempo.
—¡Desengañarme!...
—Si tal;
que por tu inocencia tiemblo,
y un bien hacerte procuro.

—¿Bien decía?
—De mucho precio.
—Os burlais.
—Muy mal me juzgas.
—¿Qué bien es ese?
—Un consejo.
—¡Rico don!
—El más hermoso.
que puede ofrecerte un viejo
cuya cabeza blanquea
la nieve de ochenta inviernos.
—Sepámosle pues.
—Escucha,
y siempre presente tenlo:
«No te enamores zagala,
de mocito forastero;
que en volviendo las espaldas
si te he visto, no me acuerdo.

III

—Zagala, la más hermosa
que estos verdes prados vieron;
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿adonde vas, zagalica,

—Misera de mí; el ingrato
huyó por siempre! No puedo
ocultar mi desventura;
escarnio seré del pueblo.
—Harto deploro, zagala,
no siguieras mi consejo.
—¿Quién mitigará mi pena?
—El desengaño y el tiempo,
que son de nuestra existencia
los amigos verdaderos.
De ellos aprendí zagala,
y ellos me inclinaron, ellos
á advertirte no fiaras
en el galán forastero;
que en volviendo las espaldas,
si te he visto, no me acuerdo.

† Ricardo Caballero.

1880.

UNO DE TANTOS

No te enamores mi niña
de mocito forastero,
que en volviendo las espaldas
si te he visto no me acuerdo.

I.

—Zagala de lindo talle,
la de los rubios cabellos,
la de la tez nacarada,
la de los ojos de cielo,
¿adonde vas, zagalica,
donde por estos senderos?
—Caballero, que á mi paso
salís galan y resuelto:
bajo á la fuente del valle,
que su agua en casa bebemos,
por ser más fresca, más dulce,
más clara que la del pueblo.
—¿Pero, tan sola?